2

Cam está sentado junto a la fuente en el Rittenhouse Square cuando llego al día siguiente. Solo llegué cinco minutos tarde, pero había planeado estar temprano. Fue más difícil de lo que esperaba comenzar a andar esta mañana. Alguien ha tocado música a todo volumen en mi hotel la mitad de la noche, y tuve pesadillas, una tras otra, de que el Padre se aparecía y me arrastraba de regreso al ático. Casi puedo sentir las marcas bajo mis ojos cuando parpadeo.

Bajo el sol de la mañana avanzada, el parque huele a césped tibio y a cloro de la fuente. Me recuerda a una piscina sucia fuera de un motel en la periferia de Cincinnati, donde estuve unos días para dormir en la completa inmovilidad de una habitación antes de subirme a otro autobús. Observaba a las familias nadando

en esa piscina, pero no entendía el atractivo de estos lugares. Son como tinas químicas gigantes que tienes que compartir con otras personas. Además, la idea de sumergirme en el agua, cuya profundidad supera mi altura, suena como otro método de tortura.

Cam se inclina hacia adelante y sonríe cuando me ve. Su camisa blanca está desabotonada sobre una camiseta gris y, por alguna razón, me pone nerviosa. ¿Por qué debe verse tan relajado cuando cada uno de mis nervios se está friendo con el brillo que reflejan sus lentes oscuros?

–Y yo que pensé que ser puntual era importante para ti –se pone de pie y se baja los lentes hasta que puedo ver los remolinos en sus ojos avellana–. Te ves terrible.

–Gracias –digo entre dientes y, tímidamente, pongo mi maleta frente a mí. Como si eso ayudara a cubrir mi camiseta demasiado grande y mis jeans desgastados–. Qué lindo que lo menciones.

–Vamos –se acomoda los lentes, y entrecierro los ojos cuando el reflejo me ciega de nuevo. Se estira hacia el suelo y toma dos vasos humeantes que no había notado que estaban junto a él–, el café te ayudará.

Inspecciono su ofrenda por un momento. No quiero ofenderlo, pero evitar el riesgo es más importante.

–Tú primero.

Su ceja se baja y sus ojos se quedan en los míos mientras le da un trago al vaso y luego me lo pasa.

–Veo que no les temes a los gérmenes.

–Dan menos miedo que otras cosas que podrías haber puesto ahí –no se trata de Cam, y me molesta que lo haga sonar como si así fuera. La confianza es algo de lo que he aprendido a prescindir. Es mejor así, es más seguro para los dos. Veo el humo saliendo del vaso. Nunca he tomado café, pero tengo que acostumbrarme a probar cosas nuevas. El amargo líquido hirviendo cubre mi interior con calor y me esfuerzo por reprimir las ganas de escupir–. Gracias.

Cam se ríe.

–¿Está muy mal?

–Horrible –le doy otro trago y no puedo evitar hacer un gesto–. Supongo que es un gusto adquirido.

Una chica hermosa con largo cabello negro y pestañas a juego rodea la fuente y se para junto a Cam. Tiene más o menos su edad. ¿Quizás es su novia? Si esta es una novia, me voy. No tengo tiempo para distracciones bobas. Me saluda agitando la mano y yo levanto una ceja, esperando a que él me dé una explicación.

–Esta es mi socia, Lily.

–Una socia *no* era parte de nuestro trato.

–Querrás que lo sea –Lily me guiña.

–Nos va a ayudar a encontrar a la nueva *tú* –Cam le da otro trago a su café y sonríe.

XXX

Ha pasado una hora desde que llegamos y Lily no ha dejado de verme con los ojos entrecerrados todo el tiempo. Estamos en un callejón, en una barbería abandonada que, de algún modo, sigue teniendo agua, aunque el agua caliente parece ser demasiado pedir. Todo en la habitación está cubierto por una capa de polvo. El aire huele como si lo hubieran remojado en tinte para cabello y lo hubieran dejado hasta que se enmoheciera. Lo único que lo hace respirable es el hecho de que Lily se haya puesto demasiado perfume. Ciertas respiraciones se llenan de una considerable dosis de vainilla y especias. La nariz me hormiguea en un aturdimiento químico y me froto la punta con la mano. Cinco canastas de tijeras, brochas y peines están sobre la mesa cercana a nosotros como una extraña selección de elementos de tortura medieval.

Lily levanta sus tijeras, corta otra sección de cabello húmedo e intento sin suerte no hacer un gesto de dolor. Me sorprendería que quedara algo de cabello cuando termine. El suelo alrededor de la tosca silla de barbero donde estoy sentada está cubierto de largos mechones oscuros. Se ven tan ajenos, aunque sé que solían ser mi propio cabello dorado. He convencido a Lily de que me deje solo a mí lavarme el pelo, después de que ella lo haya teñido. Sigue siendo difícil quedarme inmóvil cuando está tocando partes mías, aun si no puedo sentirlo exactamente.

Escucho la voz de Cam suavemente desde otra habitación. Con quien sea que esté hablando, no suena contento. La única palabra que he podido descifrar con claridad es "no". Tras unos cuantos minutos más, escucho "ciao" y un bip electrónico antes de ver a Cam que cruza la puerta sosteniendo una sábana blanca y una bolsa grande de papel. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, silba.

–Te ves bien de morena –asiente–. Ahora sí podría creer que tienes diecisiete.

Mi mano va hacia donde mi largo cabello rubio solía descansar sobre mis hombros, pero no hay nada ahí. Lily niega con la cabeza y gira mi silla, para que quede frente al espejo.

Por primera vez en meses, me impresiona demasiado recordar los ojos sin vida de Sam que se dirigían a los míos. Solo que el reflejo no soy yo, o al menos, no lo siento como mi yo. Mi cabello, que nunca había sido teñido y solo había sido cortado unas cuantas veces en mi vida, ya no está. En mi lugar se encuentra una chica que, ni en mil años, reconocería como mi yo. Parpadea con sus grandes ojos azules y eso es lo único que reconozco de ella.

Mi nuevo cabello es casi negro, y está cortado en una línea dispareja sobre mis hombros. Es seguro, atrevido. Esto es lo que quería: que la vieja yo desapareciera. Ya no veré el cabello rubio como el del Padre, que hacía parecer que él nunca quedaría realmente en el pasado.

No puedo ver todo lo que ya hice mal, solo las cosas que puedo elegir hacer bien de aquí en adelante.

–Es perfecto –digo.

Lily hace una pequeña reverencia.

–¿Qué puedo decir? Tengo una habilidad increíble.

Mete la mano en una bolsa blanca y saca un largo tubo plateado. No sé qué es pero, por la forma en que entrecierra los ojos y camina directo hacia mi cara, hace que me retuerza. Cuando se inclina para acercarse, puedo contar las manchas doradas en sus ojos color café. Contengo la respiración. Sé que intenta ayudarme, pero no recuerdo la última vez que me sentí tan incómoda.

Para cuando Lily abre el tubo, revela un cepillo de rímel y lo lleva hacia mi ojo, ya no puedo quedarme quieta más tiempo.

–¡Espera! No, no, detente –hace que mi cuerpo se vuelva flácido y se resbale por la silla, huyendo de ella a gatas. Mi corazón golpea dentro de mi pecho mientras intento ponerme de pie.

Lily da un salto hacia atrás, para evitar caerse sobre mí.

–¡Oye! ¿Qué haces? –me mira como si fuera la cosa más rara que hubiera visto en su vida.

He visto el rímel en comerciales de maquillaje. Está bien que otras personas quieran usarlo. Solo que no me agrada que se acerque a mi ojo como una especie de arma.

La voz de Cam sale desde detrás de Lily y me sobresalta. Casi me había olvidado de que estaba aquí.

–No te preocupes, Lily. No lo necesita.

–Pues, bueno –murmura Lily con el ceño fruncido mientras cierra el tubo y lo mete en su bolsa blanca. Para cuando deja esta en una de las canastas, de nuevo tiene una expresión neutral en su rostro, pero ahora hay algo de duda detrás de sus ojos.

Estoy acostumbrada a eso. Me ha pasado en autobuses por todo el país. Por más que lo intente, tarde o temprano, la gente reconoce que no soy tan normal como finjo ser.

En general, intento ya no estar para cuando descubren eso.

Vuelvo a sentarme y observo el espejo, para evitar ver el gesto que Cam y Lily están compartiendo detrás de mí. Aunque mi cabello era rubio antes de que Lily le pusiera las manos encima, mis cejas y pestañas siempre han sido oscuras. Y si puedo arreglármelas sin instrumentos punzocortantes cerca de mis ojos, quiero hacerlo así.

No puedo contener una pequeña sonrisa cuando me estiro para tocar una de las pequeñas púas de cabello en mi cuello. Tanto la sonrisa como el cabello son ajenos y maravillosos. Observo por el espejo sucio a Cam envolviendo una sábana sobre una división al fondo de la habitación y veo que se da vuelta hacia mí.

–Tengo dos opciones para ti –arrastra una silla. Lanzando una larga pierna sobre ella, se sienta–. ¿Te sientes más como una Suzanna o como una Charlotte?

–Ninguna. ¿Esas son mis únicas opciones? –digo, frunciendo el ceño.

–Sí.

–Creo que podría ser una buena Charlotte –Lily mete unas tijeras en un recipiente con un líquido azul y me mira por encima del hombro con los ojos entrecerrados–. Sí, definitivamente más que una Suzanna. Conocí a una Suzanna alguna vez. Era horrible.

–Entonces, será Charlotte –Cam se pone de pie, mete la mano en la bolsa y saca algunos papeles y una cámara.

–Bueno. ¿Tengo apellido? –estiro un dedo del pie hacia el suelo y me impulso hasta que mi silla gira hacia él.

–Sí, es, eh... –le da vuelta a la primera página y examina la segunda–. Thompson. Y buenas noticias, señorita Charlotte, ahora tienes dieciocho y la preparatoria terminada.

–*Charlotte Thompson* –mi nuevo nombre se siente como la mentira que es cuando lo digo en voz alta, pero lo superaré. Después de todo, Piper tampoco es un nombre oficial. Cuando me echaron al ático, al principio, me dio igual. Al menos ahí podía comer. A la Madre nunca le importó mucho si comía o no, siempre estaba demasiado enfocada en su siguiente dosis. Pero cuando estuvimos con el Padre, él quería que yo fuera más fuerte, para soportar lo que tenía preparado para mí. El Padre insistió en llamarme *Niña*. Me castigaban por decir mi

nombre real y finalmente me obligué a olvidarlo, pero creo que podría haber empezado con A. Cuando Sam nació, simplemente lo llamaban *Niño*. Yo había elegido el nombre de *Sam* para mi hermano porque se sentía cálido y no teníamos suficiente calidez. Usábamos nuestros nombres secretos en la noche y entre susurros, solo cuando nadie más podía escuchar.

Comencé a llamarme *Piper* luego de leer una página arrancada de un libro de cuentos de hadas que teníamos en el ático. No teníamos la historia completa, así que había inventado una parte yo misma. La página decía que el Flautista de Hamelin se había enojado con unos padres y que tocaba su música, para llevarse a sus hijos. Fingí que los padres en la historia también eran malos, que el Flautista estaba salvando a los niños. Deseaba poder hacer eso por Sam. Quería llevármelo. Pero no lo hice, y ahora era demasiado tarde.

Los padres malos ganaban en mi historia, pero ese no era el final. Ya no están ganando.

Una ventaja de que fueran ermitaños paranoicos es que su casa estaba en medio de la nada. No tenían amigos ni vecinos ni nadie que fuera a buscarlos en mucho tiempo. Nadie más supo nunca que Sam y yo existíamos; salvo por Nana, que solo se enteró de nosotros cuando su cáncer se instaló y fue a vivir con los Padres antes de morir. Me he preguntado cómo hubiera sido la vida si hubiéramos vivido con Nana antes del ático. Ella nunca

hubiera dejado que la Madre me llevara. Lo había dicho cientos de veces, y elegí creer que era verdad.

Un día cuando ambos Padres habían salido, yo había hecho tanto ruido que Nana nos había descubierto. Aún recuerdo la furia en las caras de los Padres cuando les dijo que había llamado a la policía, para reportar lo que ellos habían hecho. Fue la primera vez que probé la esperanza. La primera vez que alguien hizo que me preguntara si podíamos ser algo por lo que valía la pena luchar. Antes de que los oficiales llegaran, Sam y yo fuimos amordazados, atados y encerrados en el ático. Para más énfasis, el Padre golpeó a Sam tan fuerte que lo noqueó y dejó claro que Nana y Sam la pagarían aún más si yo hacía algún sonido. Estaba demasiado asustada para hacer algo más que llorar en silencio mientras escuchaba al Padre decirles que Nana se estaba muriendo de cáncer. Sacó un papel que declaraba que sus medicamentos podían provocar alucinaciones vívidas. La policía se rio con los Padres sobre lo loca que sonaba la historia y les dijo que vigilaran más a Nana.

Así lo hicieron.

De inmediato, todos los teléfonos en la casa desaparecieron, afuera se instalaron candados en cada puerta y ventana, y Sam y yo no volvimos a ver a Nana durante dos semanas. Cada noche me iba a dormir preocupándome sobre lo que los Padres le habían hecho, y la risa de los oficiales no dejaba de resonar en mi cabeza.

Pero ahora los Padres ya no están, Nana ya no está, Sam ya no está. E incluso yo estoy desapareciendo, reemplazada por alguien llamada *Charlotte*.

Siempre serás Piper.

Acomodando los papeles sobre la mesada, Cam se gira para verme y me lanza un teléfono. Solo lo atrapo por instinto.

–¿Qué es esto?

–Es un teléfono desechable –ante mi gesto de incomprensión, mete sus manos en sus bolsillos y continúa–: Un celular desechable de prepago. Para que pueda contactarte si lo necesito. No quieres un teléfono con plan, ni tampoco tener el mismo teléfono por mucho tiempo, al menos no por un rato, es muy fácil rastrearlos. Pero no cambies de teléfono sin avisarme.

–¿Y si yo necesito encontrarte? –abro el pequeño teléfono negro y luego lo vuelvo a cerrar. Inclino la cabeza hacia un lado–. ¿Tengo que seguir dejando mensajes con el cantinero? El Bar de Lenny era casi un basurero. Preferiría no volver si no tengo que hacerlo.

Cam se ríe.

–No. Ahora eres una cliente. Mi teléfono está ya guardado en tu lista de contactos.

–Ah –por alguna razón, esto me pone nerviosa. Bajo la mirada por si puede notarlo en mi cara–. Okay.

–Si tienes algún tipo de problema, contáctame a mí primero, no a la policía –continúa Cam, y Lily bosteza

como si hubiera escuchado este discurso antes y no tuviera interés en escucharlo de nuevo–. Aun si piensas que estás siendo cuidadosa y reportas algo de forma anónima, de cualquier modo, tendrán tu número y tendrás que tirar el teléfono. De todas maneras, los policías normalmente pueden encontrarte si quieren. Y dudo que quieras que anden por ahí hurgando en tu vida o en tu pasado. Mantén la cabeza baja, no causes problemas y estarás bien.

Asiento con los ojos aún puestos en los pies de Lily. Mis experiencias con la policía no han sido exactamente placenteras. Contactarlos no es algo que pueda imaginarme haciendo.

Cam espera hasta que levanto la mirada hacia él antes de volver a hablar:

–Entonces, ¿crees que te puedas acostumbrar? Si haces bien esto, serás Charlotte para siempre.

Estiro la mano y toco las puntas de mi cabello casi seco. Cuando sale, mi voz se escucha pequeña en mis oídos, y desearía sonar más convencida.

–Sí, puedo ser Charlotte.

–Bien. Tengo que hacerte una pregunta.

–Lo siento. La regla de los cinco minutos, ¿recuerdas? –levanto mis manos como si me fuera imposible romperla, y su mandíbula se contrae. Lily está inclinada contra la mesada frente a mí, viéndonos como si fuera una especie de evento deportivo. Cuando giro para verla, se encoge

de hombros, pero hay una dureza en su expresión que no estaba ahí antes. Metiendo la mano en mi bolsillo, aprieto mi perno con fuerza. Comencé a sacarlo de los barrotes sobre la ventana del ático el día que Sam nació. Me había tomado casi un mes empujar, jalar y golpearlo, para que se soltara, aunque fuese un poco. Un año, y más de unas cuantas cicatrices en mis manos después, finalmente saqué este primer tornillo. Es una de las únicas dos cosas que me traje cuando escapé. No había salido por la ventana en realidad, pero no importaba. El tornillo representó la primera vez que comencé a intentarlo. Me ayuda a recordar cosas que no puedo permitirme olvidar.

Me recuerda que no soy débil. Si pude escapar de los Padres, puedo con lo que sea.

La voz de Cam me trae de regreso al presente y levanto la mirada para enfocarme en él.

–Relájate, no se trata del pasado –Cam se acerca con expresión seria–. Se trata del futuro. La regla de los cinco minutos no es aplicable.

–Aun así podría no responderla, pero adelante –me recorro en la silla mientras mis dedos dejan de apretar automáticamente.

–¿Qué planeas hacer con Charlotte?

Lo observo. No es exactamente lo que esperaba.

–¿Eh?

–Tu nueva identidad –da un paso más–. Si eres precavida

y la cuidas, ya sabes, si no te metes en problemas, pagas tus cuentas, mantienes un perfil bajo, podría durar mucho más.

–Será lindo ser Charlotte –digo mirándolo a los ojos.

Lily debe haber decidido que nuestra conversación ya no es interesante, porque vuelve a sus cosas y comienza a guardarlas en paquetes y en canastas organizadas.

–Bien. Si arruinas esta identidad, no te daré una nueva –ahora Cam está frunciendo el ceño. Comienzo a preguntarme qué clase de persona cree que soy. La piel de mis brazos se eriza mientras reconozco que no podría responder esa pregunta, aunque lo intentara–. Solo trato con gente que respeta mi trabajo.

–Suena justo.

Cam me extiende una mano. Mientras la observo, él espera pacientemente a que yo la tome. El miedo hace que mi estómago se contraiga tanto por la idea de que él me toque como por saber que no merezco ser tocada. Mi respiración se agita y mis dedos aprietan el pequeño trozo de metal en mi bolsillo. Necesito todo mi control para no pasar corriendo junto a él y dirigirme hacia la puerta. Correr no puede ser la respuesta, ya no.

En lugar de eso, respiro con lentitud, me pongo de pie y lo rodeo negando con la cabeza.

–Realmente no quiero que nadie me toque. No es algo personal.

Lily se congela en la mitad de su proceso de empacar unos peines. Noto que sus ojos se ponen en blanco al escuchar mis palabras, pero a Cam no parece molestarle.

–No hay problema, creo que ya había pensado que te sentías así ayer –encogiéndose de hombros, me hace un gesto para que camine hacia la cortina–. Pero es hora de sonreír, para la cámara.